

BOLETÍN INFORMATIVO
Asociación Española de Catequetas
nº 61 – Enero de 2014

Estimados/as miembros de AECA,

Un saludo cordial. Espero que estéis pasando unas felices navidades y os deseo lo mejor para el año recién estrenado. En este primer boletín del año quería informaros especialmente de nuestras jornadas y asamblea tenidas del 4 al 6 de diciembre en Madrid.

Acabo de leer las evaluaciones de los participantes y todos manifiestan una gran satisfacción por lo vivido en esos tres días. Si que querría hacer un llamamiento para que en próximas ediciones seamos cada vez más los que participemos. El Consejo directivo ha trabajado intensamente para que estas jornadas sean un éxito y que nos permitiera hacer una reflexión serena sobre lo que nos apasiona que es la catequesis y nos provoca cierta desilusión que la respuesta no sea muy amplia. Todos tenemos muchas obligaciones, y quizás cada vez más, pero os invito a que ya con casi un año de antelación reservamos nuestras fechas del **4 al 6 de diciembre de 2014 para nuestras 33ª Jornadas**. Recordad que la Asociación Española de Catequetas la formamos todos y que el Consejo directivo está al servicio de todos.

Hablando del Consejo directivo, tuvimos nuestra Asamblea anual como marcan los estatutos. Se procedió a la elección del nuevo Consejo directivo para el período 2013-2016. En la misma, salí elegido como presidente. Ya sabéis que desde el curso pasado ejercía este servicio en sustitución de Emilio Alberich que por enfermedad dejó el cargo. Doy gracias a los asistentes por renovar su confianza en mi persona. Tengo variadas responsabilidades a nivel personal, profesional y también de la Institución a la que pertenezco (Hermanos de La Salle) pero seguiré trabajando con ilusión y ganas por esta Asociación a la que tanto aprecio y que constituye, como dije en la Asamblea, un lugar privilegiado de reflexión catequética en España.



Igualmente se renovó el Consejo directivo. Repiten José Luis Saborido que es el nuevo vicepresidente, Lola Ros, Elisa Calderón y Pelayo González. A todos ellos mi agradecimiento, nuestro agradecimiento por continuar en el consejo. Dos nuevos miembros de la Asociación pasan a formar parte del mismo. Creo que son conocidos por todos: Álvaro Ginel, salesiano, director de la revista “Catequistas” y muy conocido en los ambientes catequéticos y Juan Carlos Carvajal, director del Instituto de Catequética de San Dámaso. Madrid. Lo mismo a ellos, muchas gracias por aceptar esta elección, el Consejo se enriquece con su presencia. Lo dejan: Antonio Alcedo que ha ejercido durante seis años el cargo de tesorero de la Asociación y que no solamente nos ha prestado el servicio con los números y los euros sino con su sabiduría catequética, su trabajo callado y eficiente y su amistad y fraternidad. En el transcurso de las Jornadas también le agradecemos su servicio. Y nuestro querido Emilio Alberich que, como he dicho antes, por motivos de salud ya dejó de formar parte del grupo. En nuestra próxima reunión del 14 de febrero plantearemos los objetivos para el futuro, las diversas actividades y decidiremos los responsables de cada una de las áreas de trabajo.

Como he dicho al principio este primer número del año contendrá información y fotografías sobre la Asamblea. Nuestra eficaz secretaria Elisa ha realizado la crónica de las mismas. Gustó muchísimo la intervención del Vicario General de la diócesis de Lieja, Alphonse Borrás y es por ello, que incluimos en el boletín el texto enviado una vez terminadas las Jornadas. Las Actas aparecerán publicadas en el nº 165 de la revista “Sinite”.

Nada más. Deseo de todo corazón un feliz año 2014 lleno de ilusión y esperanza. Un abrazo

José María Pérez Navarro, FSC

CRONICA DE LAS XXXII JORNADAS NACIONALES DE LA ASOCIACION ESPAÑOLA DE CATEQUETAS. 4 – 6 diciembre 2013. Centro Regional La Salle, Marqués de Mondéjar 32, MADRID

“COMUNIDADES CRISTIANAS Y NUEVO PARADIGMA DE LA CATEQUESIS”

Hacia una catequesis que tiene lugar “entre otros” y con “otros”

1. INTRODUCCIÓN



Comienzan las jornadas, como ya es habitual, con una oración preparada por Dolores Ros, teniendo como tema central la unidad:

“Que todos sean uno, como tu, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tu me has enviado” (Jn,17,20. 21)

2. SALUDO DEL PRESIDENTE

Jose M^a Pérez introduce las jornadas indicando los contenidos de las mismas así como el itinerario a seguir.

El tema elegido: “La comunidad cristiana y el nuevo paradigma de la catequesis” responde al deseo de profundizar en los temas que aparecen en el cuaderno nº1 de la colección AECA: “Un nuevo paradigma para la catequesis”.

Presenta a continuación a los dos nuevos socios:

- Miguel López Varela

- Esteban Vera Barroso,
así como a las personas invitadas que asisten a las Jornadas AECA, alumnos del Instituto S. Pío X, sin ser miembros de la asociación.

2. PONENCIAS

1ª Ponencia: *“Comunidad cristiana y catequesis”* por Alfonso Borrás

Presenta al ponente José Mª Pérez

Alfonso Borrás es vicario general de la diócesis de Lieja (Bélgica) desde 2001, trabajo que combina con la enseñanza del derecho canónico en la Universidad Católica de Lovaina y en el Instituto Católico de París. También ha cultivado la reflexión teológica a través de numerosos artículos sobre la eclesiología y teología del ministerio.



Centra su intervención en la necesidad de una comunidad cristiana que responda a un cambio de época como el que estamos viviendo y para ello es necesario tener en cuenta, las características del adulto de hoy más interesado por la experiencia que por el dato doctrinal.

El desafío mayor es el de poner en contacto a las personas con la vida concreta de la parroquia.

¿Cómo incrementar la capacidad de acompañamiento de nuestras parroquias, a veces demasiado preocupadas, cuando no obsesionadas por la supervivencia?

No bastará la intención de los pastores y de los fieles...Importa formalizar y concretar un “programa catequético” para la parroquia.

En una sociedad secularizada que ha salido de la cristiandad y a fortiori del nacional-catolicismo, la catequesis será estructuralmente del orden del primer anuncio para ir poco a poco evolucionando hacia una catequesis, propiamente dicha, que será esencialmente de tipo iniciático.

Coloquio

Cuestiones y aspectos a destacar.

Tras la ponencia se dedican unos minutos al diálogo coloquial con el ponente en donde aparecen algunas de las siguientes cuestiones:

- En cuanto a la renovación de las parroquias se ha de tener en cuenta que junto a las “las pequeñas comunidades eclesiales” han de convivir otras comunidades más amplias con otro tipo de compromiso y de sentido de pertenencia a la realidad parroquial.

- Partimos de la base de que la Iglesia es por naturaleza una comunidad de fe, comunidad fraterna. Pero se dan en las parroquias diversidad de estilos. Efectivamente existen comunidades abiertas, pero también, cerradas en sí mismas en donde se cultivan pequeños grupos. Otras se caracterizan por impartir sacramentos, parroquias preocupadas por el servicio a los pobres...etc. En todas ellas se hace sentir y afecta directamente en su fisonomía propia el párroco que la preside.
- Por lo general se detecta mucho miedo a la hora de poner en práctica la catequesis de adultos.
- Dentro de la pluralidad de parroquias en España que se dio a raíz del Concilio Vaticano II, la comunidad “de talla humana” con sus rasgos característicos se ha ido perdiendo. Hoy nos encontramos con grandes dificultades para tenerlas.

Respuesta

La realidad actual de las parroquias es muy dura pues tras el derrumbamiento de la Acción Católica, no se ha llegado, en líneas generales a una relación enriquecedora entre los nuevos movimientos, la parroquia y las comunidades.

Hoy en Bélgica lo que se busca es que haya una realidad local de Iglesia, y esto no es asunto del párroco sino del pueblo que lo necesita y lo busca.

Los grupos que tienen una responsabilidad tienen posibilidad de crecer siempre que el párroco esté dispuesto a acompañarlos. El acompañamiento es difícil pero necesario.

En cuanto los grupos son más pequeños tienen más dificultad para acoger a nuevos miembros. Es una constatación sociológica.

Los grupos de “talla humana” fueron desapareciendo por la secularización.

Estamos entrando en un desierto. Si el ser cristiano es una opción libre y personal no esperemos que vengan muchos.

2ª Ponencia: “Dificultades y posibilidades de nuestro ambiente socio-cultural para la vida cristiana en comunidad” por Jesús Rojano Martínez



Presenta al ponente José Luis Saborido.

Jesús Rojano Martínez es director de la revista “Misión Joven”, coordinador de Pastoral del Colegio Salesiano Paseo Extremadura (Madrid) y profesor en el CES Don Bosco.

Su ponencia desarrollada en un formato en donde la canción, el vídeo y el empleo de documentos significativos, juegan un papel pedagógico importante, hablan ya de una nueva didáctica a emplear en la pastoral del siglo XXI.

En la actualidad el hombre y la mujer de hoy, especialmente los jóvenes, cuya característica común es el individualismo y el ir de un lado para otro sin meta prevista, sin raíces, ni lugares de referencia, es difícil en esta situación, introducir la idea de comunidad. No obstante y pese a una sociedad que elude todo tipo de estructuralismo, este vagabundeo en el que actualmente viven más jóvenes de los que pensamos, tiene su lado positivo y es el hecho de la búsqueda constante de algo que

satisfaga las ansias y los sueños personales no del todo expresados o definidos aunque existencialmente deseados. Esta forma de conducirse por la vida puede hacer referencia al Éxodo del pueblo judío, peregrinando por el desierto.

La vida comunitaria ha de ser por opción personal y sabemos que únicamente se elige lo que resulta valioso, de ahí la necesidad de que la vida comunitaria resulte habitable y agradable.

Habría que emplear la “pedagogía de las cerezas” que consiste en ir en primer lugar a la que más brilla, a la más llamativa, y después irán cayendo las demás.



Coloquio

Cuestiones y aspectos a destacar.

- Con frecuencia adolecemos de prisa, no escuchamos a los jóvenes con paciencia, y no nos damos cuenta de que los jóvenes no necesitan tanto de “catequesis de confirmación”, como de que encuentren sus propios caminos. Tendríamos que tener más en cuenta las cualidades del evangelizador expuestas Evangelii Gaudium 171
- ¿En nuestras clases de religión, en nuestras catequesis con jóvenes, se puede permitir el uso del móvil, del wasap, ipad,..? Es el medio normal de comunicación de los jóvenes.
- Como evangelizadores ¿nos preguntamos cómo somos nosotros? ¿queremos hacer a los demás como nosotros, para conquistarlos?

Respuesta

Los catequistas tendríamos que tener más en cuenta las cualidades del evangelizador expuestas Evangelii Gaudium 171

“Más que nunca necesitamos de hombres y mujeres que, desde su experiencia de acompañamiento, conozcan los procesos donde campea la prudencia, la capacidad de comprensión, el arte de esperar, la docilidad al Espíritu,... Necesitamos ejercitarnos en el arte de escuchar, que es más que oír. Lo primero, en la comunicación con el otro, es la capacidad del corazón que hace posible la proximidad, sin la cual no existe un

verdadero encuentro espiritual. La escucha nos ayuda a encontrar el gesto y la palabra oportuna que nos desinstala de la tranquila condición de espectadores. Sólo a partir de esta escucha respetuosa y compasiva se pueden encontrar los caminos de un genuino crecimiento, despertar el deseo del ideal cristiano, las ansias de responder plenamente al amor de Dios y el anhelo de desarrollar lo mejor que Dios ha sembrado en la propia vida.”

- En cuanto al empleo de móviles,...etc. somos conscientes de que “no podemos ponerle puertas al campo”. No obstante los medios virtuales nos sirven para convocar y para mantener el contacto pero después es necesaria la cercanía física, la relación personal.

3. TRABAJOS DE GRUPOS

El trabajo se estructura en torno a tres apartados:

- a) Tres afirmaciones
- b) Tres preguntas
- c) Tres propuestas

con relación a lo escuchado hasta el momento tanto de la primera ponencia como del coloquio tenido a continuación.

Síntesis de las aportaciones.

Grupo 1

AFIRMACIONES:

1. No es posible una vuelta atrás. Es necesario una nueva forma de SER-HACER comunidad sabiendo que lo más novedoso resulta ser lo más antiguo, lo más original.
2. La Palabra de Dios tiene un poder insustituible tanto en la vida de la comunidad como en la catequesis y nos hace crecer tanto en la confianza (Fe), como en la fidelidad.
3. Nos toca vivir un “kairos” .Momento oportuno para vivir – recrear – anunciar la fe. En este sentido hemos de buscar la comunidad cristiana de hoy.



PREGUNTAS:

1. ¿Cómo abrir caminos nuevos para no volver a estructuras pasadas?
2. Realmente, más allá de lo escrito (teoría) ¿se asume la catequesis como misión esencial de la comunidad (de la Iglesia)? Preferencia ¿por la catequesis de infancia o de adultos?
3. ¿Con que sujeto nos encontramos hoy? ¿Cómo hacerle llegar el Evangelio?

PROPUESTAS:

1. Recuperar, apostando, por el “lenguaje de Jesús”. “Ven y verás”
 - Historia de salvación, personal y comunitaria
 - Posibilitar vivir y testimoniar lo esencial.
2. Estudio y catequesis de la Eclesiología.
3. Confianza y fidelidad a Dios y al Hombre.

Grupo 2

AFIRMACIONES:

1. Partimos de la confesión de fe: creo, creemos.
Como catequistas, nuestra reflexión sobre la comunidad cristiana y el nuevo paradigma de la catequesis, nace de una afirmación de fe: CREEMOS EN Y CON LA Iglesia. Somos comunidad de los que creen, esperan y aman. Somos portadores y testigos de una promesa que queremos compartir como servidores del evangelio, de la vida y de la alegría.
2. Nuestro tiempo y la Iglesia atraviesan un momento de cambios profundos. Afirmamos que en esta situación Dios nos habla, nos reta, nos invita a una escucha serena y profunda de la Palabra de Dios y de la palabra concreta del hombre y de la mujer de hoy.
Dios no nos ha abandonado, Dios está invitando a emprender caminos que ni sospechábamos. Él va primero y nos impulsa a vivir más confiados y centrados en Él.
3. Afirmamos que la escucha de Dios nos hace, escuchadores de nuestro mundo, de sus anhelos y heridas, y capaces de inventar nuevas respuestas a sus necesidades.

PREGUNTAS:

1. En realidad ¿en nuestras parroquias es una prioridad la creación de auténticas comunidades cristianas?
2. ¿Cómo pasar de unas costumbres culturales a una fe personal y eclesial?
3. La comunidad cristiana ¿es iniciática? ¿se tiene conciencia de ello?

PROPUESTAS:

1. La comunidad cristiana es la que es capaz de iniciar en la fe y sólo procesos de iniciación en la fe generan una comunidad iniciática.
Es preciso establecer de una vez por todas, procesos auténticamente iniciáticos según el RICA, que acompañando los procesos de conversión a través de la acción catequizadora y litúrgica, intenten y renueven una comunidad iniciática donde se pueda tener experiencia del misterio de Cristo.
2. Alentar y sostener la creatividad que vaya dando respuestas a los retos de hoy, con audacia y escucha de la Palabra de Dios y la escucha del otro.
3. Hacer posible una Iglesia sinodal y retomar la oferta del Concilio de promover la corresponsabilidad en la Iglesia.

4. SÍNTESIS Y CONCLUSIONES

A partir de las aportaciones de los trabajos de grupos y de las cuatro experiencias presentadas, Alfonso Borrás realiza un trabajo en el que a partir de los datos expuestos, conjuga la pastoral con la eclesiología que la enriquece y sirven de soporte otorgándole profundidad.

1. Dios sigue llamando. La “convocatio Dei” es el hilo conductor de la historia de la salvación (GS 22). “Por caminos que solo Dios conoce”. Esto sigue sucediendo hoy. Esto supone la dialéctica de la “conversación” (DV 2).
2. La Palabra de Dios, es decir «Dios que habla», tiene su potencia propia, su dinamismo intrínseco. Esto supone que esta Palabra de Dios merece ser recibida por nuestros contemporáneos, tal como son, en su circunstancia concreta.
3. La Iglesia emerge en un lugar y lo hace para evangelizar (EN 14). CD 11 describe teológicamente lo que es una diócesis (esto fue una aportación del P. Congar al Concilio). Tiene cuatro características: a) congregada en el Espíritu Santo”; b) por el anuncio del Evangelio; c) por la celebración de la Eucaristía (sacramentos); d) mediante el ministerio episcopal. La Iglesia está donde están los bautizados; la parroquia donde están los feligreses en su diversidad, teniendo en cuenta la variedad de actores (ministerios).
4. “La Iglesia hace los creyentes y los creyentes hacen la Iglesia” (H. Küng) Se subraya el sacerdocio real del cuerpo eclesial, considera al cuerpo en su conjunto. A la vez, los creyentes hacen la Iglesia. Cuando cada uno dice: “Creo”, estamos haciendo la Iglesia. Escucha de Dios y de los demás: diálogo. De aquí sale una doble dinámica: una jerárquica y otra asociativa. La diócesis la crea la jerarquía, pero a la vez, no habría diócesis si no hubiera diocesanos.
5. Una Iglesia plural en una casa común. Hay una herencia y un proyecto: pluralidad de realidades eclesiales, unas heredadas del pasado y otras que van naciendo.
6. La catequesis, situada dentro de la acción evangelizadora de la Iglesia como momento esencial de la misma (DGC). La Iglesia que no engendra a la fe no sirve para nada. La comunidad debe ser dialógica, fraternal y sinodal. Para esto hacen falta unas actitudes:
 - escuchar (GS 41-43). Somos servidores humildes de la Buena Nueva.
 - amar a la gente: solo así es posible acompañar;
 - confiar en la gente;
 - responsabilizar a todos.

Es necesario que estas actitudes se pongan en práctica todas, no solo alguna.

7. Vivir el «kairós». Sin nostalgias ni idealismos. No sabemos qué será la Iglesia del futuro. No somos adivinos, pero se nos pide que seamos profetas.
El tiempo es de Dios: el momento es nuestro. El espacio es de Dios: el lugar es nuestro.

Necesidad de hacer un discernimiento del «kairós»: papel del Consejo pastoral.

8. ¿Qué tipo de catequesis? Iniciática, mistagógica y comunitaria. Iniciación a la existencia cristiana, que es, de forma indisociable, eclesial. La “experiencia” es un pasaje, una pascua, “exper-ire”, un éxodo, un proyecto. Estar atentos a lo positivo.

Mistagógica: significa la progresividad, supone una ambientación, una inserción.

9. Comunitaria: es caminar con la gente de esta cultura. Este es el desafío más difícil. Aquí entra el planteamiento de la catequesis “descompartimentada”, intergeneracional.

10. La catequesis es fundamentalmente un proceso formativo (DGC 218).

- tiene que haber un proyecto diocesano de pastoral, del que proviene un proyecto diocesano de catequesis;
- un proyecto de comunidad local (parroquia);
- un liderazgo, o animación de la comunidad;
- un acompañamiento personal;
- importancia de las reuniones, convivencias, encuentros, asambleas;
- un compromiso en la lógica del Reino de Dios: transformación de la sociedad y conversión personal;
- la celebración de pasos, de etapas. Esto supone un proyecto que se va realizando.

11. Criterios de maduración, que sirven para autentificar y dar autoridad a la acción.

- comunión (doble etimología: “com-unio” y “con-munus”), es decir, corresponsabilidad, fidelidad al Evangelio en la Iglesia y con las iglesias.
- juntos en el seno de nuestra comunidad y en camino con las otras comunidades;
- compromiso comunitario, entrega personal y compromiso con los últimos, que no son solo objeto sino sujetos del compromiso, en el espíritu de la entrega del propio Cristo.
- la proyección: a partir de hoy, vivimos lo que queremos para mañana.

5. EXPERIENCIAS

1ª Experiencia: COMUNIDAD DE S. EGIDIO

Nació en Roma en 1968, a la luz del Concilio Vaticano II. Hoy es un movimiento de laicos al que pertenecen más de 50.000 personas, comprometido en la evangelización y en servicio a los pobres en Italia y en más de 70 países del mundo. Es una “Asociación Pública de Laicos de la Iglesia”, y las diferentes comunidades extendidas por el mundo comparten la misma espiritualidad y los mismos pilares que caracterizan el camino de San Egidio.

Su espiritualidad se fundamenta especialmente en:

- Escucha de la Palabra de Dios que ilumina la vida y los acontecimientos.
- Servicio a los pobres. (Anciano, niños, presos,...)
- Creer que la paz es siempre posible en cualquier parte.
- La oración entendida no como el último recurso, sino siempre.
- La comunidad reunida en torno a una mesa sobre todo por amor a los pobres y para hacer algo por ellos.
- Diálogo interreligioso. La comunidad organiza encuentros ante miembros de diferentes religiones a partir del encuentro del Papa con líderes de diferentes confesiones en Asís.
- Los iconos inspiradores son: María que escucha la Palabra y el Buen Samaritano.

La pregunta que les acompaña es: ¿De qué manera cambia la vida de las personas el misterio pascual?

Se dirigen a barrios difíciles con personas excluidas necesitadas de esperanza. Se trata de que el Evangelio se haga vivo y vivible.



2ª Experiencia: ASKARZA CLARET

Experiencia de comunidad centrada en un colegio.

El colegio Askarza Claret se construye en 1974 y se concibe como plataforma evangelizadora. Para llevarla a cabo se constituye un equipo de pastoral.

Se sigue un proceso de iniciación cristiana y al finalizar el

Se les propone a los jóvenes la posibilidad de integrarse en las comunidades seglares claretianas (CES)

Estas comunidades se forman en 1982 en el entorno de la parroquia de Las Mercedes (Las Arenas – Bilbao). Un grupo de monitores del proceso de educación para jóvenes vio la necesidad de encontrarse periódicamente para formarse y compartir experiencias. La experiencia de fe compartida y vivida da origen a la comunidad siguiendo la espiritualidad del carisma claretiano.

En el colegio se ofrece a los jóvenes un itinerario de fe que abarca una pastoral escolar y extraescolar e incluye:

- Experiencias estructurarte
- Experiencia de misión
- Experiencia comunitaria
- Experiencia espiritual
- Experiencia vocacional
- Experiencia del carisma claretiano en la Iglesia

3ª Experiencia: PARROQUIA RURAL (Miajadas – Cáceres)

La comunidad tiene su origen en los vientos que corrían en los años 70 después del Vaticano II. Varias parroquias unificadas, trabajando juntas con el mismo espíritu.

Opción de comunidad que sale del ámbito del templo para encarnarse en el pueblo. Es una comunidad que no se queda en la sacristía. Es la parroquia la que tiene que evangelizar abriendo cauces en donde la gente se reúne, comparte y evangeliza. Se proponen ser fieles a la verdad en la realidad.

Los materiales catequéticos utilizados son propios de la comunidad parroquial elaborados por un equipo de cinco curas, de acuerdo con el ser de la gente y se estructuran teniendo especialmente en cuenta:

Partir de la vida. Cercanía a la gente y a lo que vive en su entorno.

Encuentro con Jesús para volver a esa misma vida y transformarla haciéndola más humana y digna.

Se insiste sobre todo en la presencia de los laicos en el corazón del mundo (Atrio de los gentiles).
Presencia de la Iglesia en la vida pública

Se trata de una Iglesia rural propositiva, abierta a la realidad. De ofrecer una Iglesia dinamizadora en todos los niveles de catequesis.

En cada grupo de catequesis está presente la idea de la comunidad, llevando a cabo un acompañamiento en la fe que no se corta después de la primera comunión. Unos 80 catequistas acompañan a los catequizando hasta los 16 o 17 años.

Se cuida con especial interés la formación de los catequistas, que importa más que la de los niños.

Grupos en casa

La catequista (la mayoría son mujeres) se reúne con los padres en las casas después de una reunión de padres en la parroquia. Los padres tienen necesidad de que alguien les ayude en la educación de sus hijos y saben que en la parroquia pueden encontrar esa ayuda.

Se ven brotes verdes pero falta mucho para ser una comunidad significativa.



4ª Experiencia: LAS ROZAS

Se puede describir como una parroquia en comunión con el barrio.

El proyecto pastoral tiene como finalidad impulsar una parroquia misionera, comunitaria y solidaria.

Centralidad del catecumenado y de la catequesis con adultos.

Forma de acoger y estar basada en la escucha y el diálogo.

Mirada positiva a los padres.

Saber que trabajamos con adultos y, como adultos, son sujetos protagonistas, por lo tanto confiando, creyendo en ellos, y responsabilizándolos.

Venimos a trabajar pero también a pasarlo bien.

El sujeto de la pastoral es la comunidad. No obstante se dan distintas formas de participación y de identificación con la comunidad parroquial que se compone de:

- Grupo de sacerdotes que comparten vida: servicio y oración

- Grupos que colaboran: Cáritas
- Grupos de catequistas.
- Grupos de padres.
- Grupo amplio de personas que sólo buscan un servicio.



Consejo Pastoral

Se ha creado a partir de la formación. En cada reunión se lee y comenta el capítulo de un libro como formación permanente.

La comunidad integrar los distintos carismas y opciones políticas,... escuchando y dialogando.

Los conflictos que como en todo grupo humano pueden surgir se superan cuando nos conocemos y dialogamos y ha habido una relación anterior.

El párroco no es el jefe sino el que preside y ha de ganarse la autoridad.

Desafíos

- Integración de Familia, colegio y parroquia.
- Generar comunidades de base o de vida.
- Tratamientos de las parejas tras matrimoniales más que pre matrimoniales.

Actualmente la parroquia se ve desbordada por la afluencia de padres, niños y jóvenes que acuden a inscribirse a la catequesis.

6. COMUNICACIONES

ALGUNAS OBRAS RECIENTES DE CATEQUESIS PARA RECOMENDAR por Antonio Alcedo

Para ayudar a quienes quizá disponen de menos tiempo que yo y que pueden estar interesados en las novedades bibliográficas que van apareciendo sobre catequesis, presento en esta breve comunicación algunas obras que considero interesantes y recomendables.

Las primeras son dos obras cuyos títulos son: **¡Salgan a buscar corazones!** y **Queridos catequistas**. La primera de la editorial CCS y la segunda de PPC. Se trata de dos libros con contenidos casi idénticos, pues son los mensajes del Cardenal Bergoglio, nuestro actual Papa, a los catequistas de Buenos Aires desde el año 2000 a 2012. En el libro de CCS aparecen dos homilias de marzo de 2011 y 2012, que no están en el de PPC. Este, por su parte, presenta una alocución del cardenal al Consejo del Presbiterio de su diócesis, el 15 de abril de 2008, que ayuda a situar a los presbíteros en la misión actual de la Iglesia, con aplicaciones a la catequesis. Los textos se completan con la alocución del Papa al Congreso internacional sobre la catequesis, en Roma, el 27 de septiembre de este año, así como la homilía en la Jornada de los catequistas, con motivo del Año de la fe, el domingo 29 de septiembre. El libro de CCS ofrece al final (pag. 113-114) un breve guión para ayudar a la lectura y reflexión de todos los temas. El de PPC, en el que ha colaborado nuestro amigo Luis Benavides, ofrece al inicio unas claves de lectura y después de cada mensaje unas propuestas de trabajo. Ambos libros pueden resultar muy útiles para la formación de los catequistas, sobre todo en el aspecto del *ser*, de su *identidad*.

Otra obra que me permito presentar, también muy reciente, es la traducción del libro de Enzo Bienmi **“El segundo anuncio”**, editada por Sal terrae. El propio título del libro apunta ya sobre su actualidad: en época de nueva evangelización y en países –como el nuestro- de vieja cristiandad. El segundo anuncio del evangelio es algo en lo que hay que pensar. La experiencia de Enzo Bienmi de trabajar con adultos en su diócesis de Verona respalda sus reflexiones y propuestas. Es verdad que hay que hacer siempre una cierta trasposición de la situación de Italia a la de España, pero, con todo, el texto me parece muy válido y útil, aunque se sitúe propiamente en lo «previo» a la catequesis, que hoy es irrenunciable, y que es el anuncio que lleva a la conversión.

ITINERARIO CATECUMENAL por José Luís Saborido y Elisa Calderón

Material de próxima aparición titulado: “Ruta al corazón de la fe” y cuyos autores son: Francisco González García pbro, José Luís Saborido Cursach s.j y Elisa Calderón Aguilar smr. Es un plan de iniciación cristiana para adultos y jóvenes, sencillo aunque no simple, que siguiendo el RICA (Precatequesis, Catequesis, Mistagogia), desarrolla las etapas del proceso de fe desde el despertar de la misma hasta la integración en la comunidad cristiana.

Se inspira en los principios del “nuevo paradigma para la catequesis” pasando de ser unas catequesis para personas que han recibido una fe heredada, aunque también, a una fe de la propuesta en la que se tiene muy en cuenta la oferta cristiana, el acompañamiento y la opción personal del sujeto.

El material incluye un cursillo elemental de Iniciación a la Biblia y otro cursillo de Iniciación a la oración.

7. CENA COMPARTIDA

Momento fraterno en el que nos conocemos un poco más por la conversación y el trato personal entre los socios y socias. Los quesos, embutidos y dulces traídos de los distintos de lugares del país y acompañados por algún vino especialmente escogido, contribuyen sin duda, a pasar un rato agradable y eminentemente



fraterno.

Comunidad cristiana y catequesis

Alphonse Borras

Hoy en día no se puede hablar de catequesis y en particular de catequesis de la iniciación cristiana sin poner sobre el tapete el tema de la comunidad cristiana. Dicho tema adquiere una peculiar relevancia si nos referimos a la parroquia en el contexto de las mutaciones contemporáneas tanto de nuestras sociedades europeas como de la Iglesia católica y de nuestras diócesis. Ni la parroquia, ni la catequesis son realidades intemporales; participan de una cultura que incide sobre la vida eclesial visto la necesaria inculturación de la fe. Tanto la parroquia como la catequesis se han vuelto realidades problemáticas. Su problematicidad es además recíproca y correlativa.

No se trata aquí de hacer un diagnóstico de las mutaciones en curso. Basta recordar que resultan de la modernidad, siendo esta misma afirmación de la subjetividad. Durante mucho tiempo se ha asociado modernidad con exclusión de la religión. En cambio hay que constatar hoy que la modernidad deja espacio a la creencia en un contexto de religión recompuesta según las expectativas de los individuos.

Modernidad, religión y crisis de transmisión

La emergencia del sujeto, que la cultura moderna traduce tanto como produce, se expresa en diferentes ámbitos que no dejan de tener incidencia en la religiosidad de nuestros contemporáneos y en la vida eclesial de nuestros países occidentales. La modernidad ha producido una individualización de las creencias y las convicciones, una privatización de la fe, una desconfesionalización del Estado, una detradicionalización de la religión, y por consiguiente un bricolaje religioso en un contexto de hundimiento de los sistemas de creencias. Lo “religioso” persiste, la creencia pervive, pero entregada a ella misma, a la estimación de los individuos y, en definitiva, a su apropiación, en el contexto de la mercantilización de la religión¹. Paradójicamente, a pesar de la lógica individualista de la postmodernidad, se mantiene el interés para una referencia institucional que, en el contexto de una secularización necesariamente pluralista, es percibida como un imprescindible recurso espiritual, ético, cultural, cuando no político *sensu lato* para que los ciudadanos elaboren su identidad en el marco del debate democrático².

No cabe duda que las vicisitudes de la religión son los avatares de la modernidad, cuando no de la postmodernidad liberal. El liberalismo parece en efecto haberse convertido en el mayor horizonte en los umbrales del tercer milenio. Las grandes utopías de antaño parecen haber sido sustituidas por una sabiduría individual y liberal, con la inquietud del desarrollo pleno de uno mismo y un bienestar teñido de hedonismo. La rapidez de las mutaciones incide en la temporalidad y hace que el futuro sea aún más imprevisible. En la sociedad del *wellness* se ha renunciado a todo fundamental: ya no cuenta tanto el “¿Porqué vivir?” como el “¿Cómo vivir?”³. La postmodernidad occidental se encamina en una

¹ Cf. G. LIPOVETSKY, *La felicidad paradójica. Ensayo sobre la sociedad de hiperconsumo*, Barcelona, Anagrama, 2007.

² Remito al estudio del gran especialista de sociología religiosa J.-P. WILLAIME, “Reconfigurations ultramodernes”, *Esprit* 333 (2007/3-4), p. 146-155. En su conclusión (p. 155), se refiere a Yves Lambert con su tesis de la religión como “recurso cultural”, citando un pasaje de su artículo : Y. LAMBERT, “Le rôle dévolu à la religion par les Européens”, en *Sociétés contemporaines* 37 (2000), p. 32

³ Cf. CH. DELSOL, *L'âge du renoncement*, Paris, Éd. du Cerf, col. “la nuit surveillée”, 2011.

búsqueda sapiencial y ética recusando las certidumbres y demás verdades del monoteísmo judeocristiano y de la Iluminación (sentido de la historia, escatología, razón, progreso, etc.).

Con el pasar de los años mi convicción profunda sigue siendo que la (post)modernidad conlleva una crisis de la transmisión que incide tanto cultural como eclesialmente. Dicha crisis es sin duda alguna la razón fundamental del carácter problemático de la catequesis entendida en su sentido propio de “resonancia” de la fe: no sólo la pertenencia a una comunidad plantea una dificultad al individuo moderno, sino la adhesión o por lo menos la referencia a un “dato” anterior tanto doctrinal como ritual en el cual pueda encajar su propia experiencia personal. ¿Cuál es la resonancia del tesoro de la fe en su búsqueda de sentido?

La parroquia resulta ser la institución en la cual inciden emblemáticamente las mutaciones socioculturales y eclesiales. La institución parroquial no sale ilesa de los trastornos actuales. En ese sentido, los debates de todo tipo sobre la parroquia, la reflexión tanto sociológica como teológica desde hace sesenta años y las actuales reestructuraciones de la red parroquial reflejan por una parte la representación que uno se hace de la presencia de la Iglesia católica en nuestros países de Europa occidental y, por otra parte, la imagen que uno se hace de sus relaciones con el entorno social, la cultura actual y en definitiva con la modernidad⁴.

Si bien antiguamente la Iglesia católica estuvo en el centro del dinamismo de una sociedad que se refería ampliamente al hecho cristiano, hoy parece encontrarse en varios países europeos al margen de las evoluciones sociales y culturales. Pero pese a eso, un gran número de nuestros conciudadanos se refieren a la Iglesia católica para actos puntuales, por tradición familiar (principalmente para inscribirse en una tradición) o por cualquier otra razón que les hace todavía sensibles al hecho cristiano (los valores de su moral, la memoria histórica, la belleza de su patrimonio, la identidad patriótica o simplemente local, etc.). Sobre el terreno, asistimos sin embargo al fin de la “civilización parroquial”. Ciertos autores hablan incluso de “exculturación” del cristianismo, bajo el efecto de la profanización progresiva de una cultura modelada por el rechazo cultural de la religión y de la Iglesia⁵. Por otra parte hay que tener en cuenta que en la etapa actual de nuestra postmodernidad secularizada, otros autores reconocen el papel de la religión como un recurso que contribuye a que cada cual elabore el sentido que desea dar a su vida.

La parroquia sufre evidentemente de la desregulación de la religión emblemática de la crisis de transmisión que atraviesa a un tiempo a la institución eclesial y a nuestra sociedad occidental. El observador atento nota sin dificultad los efectos de dicha desregulación principalmente en la parroquia donde sigue acudiendo la gente – aunque menos numerosa que antaño y en modo menos regular, más saltuario que en el pasado – para satisfacer su religiosidad y en particular pedir ritos de paso (bautismo, matrimonio, funeral). Según Enzo Biemmi, la dificultad pastoral de las parroquias italianas es directamente proporcional a la demanda de ritos. No cabe duda de que tal observación valga mutatis mutandis para la parroquias españolas y... belgas!⁶ En una cultura de tipo liberal como la nuestra con los imperativos y exigencias de los individuos, no es de extrañar que la institución religiosa – la Iglesia en general y la parroquia en particular – sea percibida como proveedora de ritos.

A pesar de todo, aunque algunos la juzguen “en decadencia”, la institución parroquial sigue asegurando en gran parte la visibilidad de la Iglesia local. En su exhortación apostólica *Evangelii gaudium*,

⁴ Cf. L. BRESSAN, *La parrocchia oggi. Identità, trasformazioni, sfide*, Bologne, EDB, 2004.

⁵ Cf. D. HERVIEU-LÉGER, *Catholicisme, la fin d'un monde*, Paris, Bayard, 2004. Para una visión teológica de este tema, véase el estudio de CH. THEOBALD, “C'est aujourd'hui le 'moment favorable'. Pour un diagnostic théologique du temps présent”, en PH. BACQ y CH. THEOBALD (dir.), *Une nouvelle chance pour l'Évangile. Vers une pastorale d'engendrement*, Bruxelles-Paris-Montréal, Lumen Vitae – Éd. de l'Atelier – Novalis, col. “Théologies pratiques”, 2004, p. 47-72.

⁶ E. BIEMMI, “Catechesi e iniziazione cristiana. Una sfida complessa”, en *Rivista del Clero italiano* 93 (2012), p. 49-66, aquí p. 51.

Papa Francisco se atreve a decir que la “la parroquia no es una estructura caduca [...] aunque ciertamente no es la única institución evangelizadora”⁷. Como suelo decir, la parroquia es “*en un lugar* la Iglesia para todo y para todos”. Por cierto la diócesis no se reduce a la red parroquial ya que en ella se despliega un abanico de realidades eclesiales o de polos de vida eclesial: movimientos apostólicos y espirituales, comunidades asociativas de todo tipo, lugares de peregrinación, santuarios, abadías y monasterios, centros de retiro espiritual, instituciones temporales cristianas (escuelas, hospitales, etc.), lugares de formación cristiana (facultad de teología o centro diocesano), etc. sin olvidar los servicios de Iglesia, así como la irradiación apostólica de algunos medios de comunicación⁸.

Aunque sea una realidad imprescindible de la vida eclesial – ya que todo fiel pertenece por su domicilio a una parroquia determinada (CIC 1983 c. 102)⁹ – la institución parroquial ya no es “todo” en la diócesis, ni a fortiori ¡toda la diócesis! Ciertamente, en el pasado tampoco lo fue en un sentido absoluto, basta recordar el papel de las cofradías y terceras órdenes, las órdenes y congregaciones. “En una diócesis, escribe Gilles Routhier, la parroquia debe encontrar su lugar preciso en un dispositivo pastoral más amplio, más diversificado y más complejo, y alentar, sostener y dejar vivir, a su lado, los proyectos complementarios que ella misma no puede realizar de manera adecuada”¹⁰.

Mi ponencia tratará del tema “comunidad cristiana y catequesis” principalmente en el horizonte de la parroquia. No siendo especialista en catequesis, hablaré desde el campo de la eclesiología con una atención especial a la dimensión institucional de la vida eclesial. Teniendo en cuenta estas reflexiones preliminares, empezaré por situar brevemente el tema de la “comunidad cristiana” en su génesis histórica para hacer resaltar su fundamentación teológica. Recordaremos luego cómo la parroquia – como cualquier otra comunidad eclesial – es a la vez catequizada y catequizante. Veremos la tensión inherente a la institución parroquial debido a su finalidad propia de ser “la Iglesia *en este lugar* para todo y para todos”.

La Iglesia, convocatio Dei

En su origen, el movimiento de los que fueron llamados por primera vez “cristianos” en Antioquia (Ac 11,26) fue poco a poco tomando consciencia de su pertenencia paradójica a Israel a través de su creciente relación conflictual con la fe de sus padres. Históricamente su denominación en

⁷ Papa FRANCISCO, *Exhortación apostólica Evangelii gaudium sobre el anuncio del Evangelio en el mundo actual [=EG]*, del 24 de noviembre 2013, n° 28.

⁸ Cf. PH. BARRAS, “Liturgie et groupements de paroisses. Vers une nouvelle géographie de la pastorale liturgique et sacramentelle », en *Célébrer* 252 (1995), p. 8. Esta valoración de otros polos de vida eclesial se reencuentra en autores como G. ROUTHIER, “De multiples lieux pour “faire Église” aujourd’hui”, en *Esprit et Vie*, 45, 2001, pp. 3-9, o también M. KEHL, *Wohin geht die Kirche? Eine Zeitdiagnose*, Fribourg-en-Brisgau, Herder, 1996, 5ª ed., pp. 131-135; W. KASPER, *Serviteurs de la joie. La vie de prêtre et le service sacerdotal*, Paris, Éd. du Cerf, col. “Épiphanie”, 2007, p. 137-41) ; il parle de “centres spirituels qui seraient des foyers de rayonnement de l’Église” (p. 137) ou d’ “églises-centres” (p. 139) ; cela correspondrait à l’église-mère d’une paroisse (p. 138), et même à un monastère, une maison religieuse, un lieu de pèlerinage ou tout autre centre pastoral (*ibid.*).

⁹ La parroquia es una realidad asimétrica en relación con todas las demás realidades eclesiales, en particular las asociaciones de fieles y movimientos eclesiales : como lo nota de manera muy acertada Agostino Montan, el fiel cristiano pertenece necesariamente a una parroquia y en cambio adhiere libremente a una asociación de fieles. El contexto de su observación es el de un debate con Libero Gerosa sobre las dos formas jurídicas de comunidad eucarística – una institucional y jerárquica, otra más bien carismática propia de los movimientos eclesiales. Véase L. GEROSA, “Les normes canoniques de la paroisse” y A. MONTAN, “Réponse”, en J.-L. MOENS (dir), *Paroisses et nouvelle évangélisation. Actes du IV^e colloque de Rome, 30-31 janvier et 1^{er} février 2008*, Paray-le-Monial, Éd. de l’Emmanuel, 2008, p. 155 y p. 165-166.

¹⁰ G. ROUTHIER, “La paroisse: ses figures, ses modèles et ses représentations”, en G. ROUTHIER y A. BORRAS (ed.), *Paroisses et ministère. Métamorphoses du paysage paroissial et avenir de la mission*, Paris/Montréal, Médiaspaul, 2001, p. 240.

cuanto “*ekklésia*” y no “sinagoga” – ambos términos traducían el “Qahal” hebreo – parece haber sido atribuida por el grupo de los “helenistas” – el círculo de Estebán (Ac 6,5) – el mismo que tomó la iniciativa del anuncio evangélico a los paganos demostrando a la vez su comportamiento crítico con la Ley y el Templo.

El movimiento “cristiano”, radicado en el judaísmo, prefirió llamarse *ekklésia* para subrayar la ruptura con la Sinagoga, es decir el judaísmo de tipo étnico, y simultáneamente la dimensión universal de la convocatoria de todos los seres humanos por la gracia – ¡pura gracia! – de Dios. No cabe duda de que el uso profano del término *ekklésia* en el plano político determinó su preferencia para caracterizar lo que estaba ocurriendo a partir del anuncio de la resurrección del Nazareno¹¹. El acontecimiento interesaba no solo a Israel, sino a toda la humanidad porque se trataba del proceso salvífico de “reunir a los hijos de Dios dispersos” (Jn 11,52). Iniciado desde la creación del mundo, dicho proceso fue anunciado por las alianzas sucesivas del Antiguo Testamento y se ha realizado en modo decisivo en estos últimos tiempos (cf. He 1,1), con la encarnación de Dios en su Hijo, su pasión y resurrección así como por el don del Espíritu¹².

En su origen, el “movimiento cristiano” se entiende como *convocatio Dei*, llamada universal de Dios para que nuestra humanidad comparta su plenitud de vida mediante su alianza. Por pura gracia, su alianza nos ofrece abriéndonos así mismo una fabulosa esperanza de reconciliación con los demás, con Dios y, al fin y al cabo, con si mismo. La *ekklésia* es esa parte de la humanidad convocada en cuanto pueblo de Dios – y por él – a la alianza y encargado de anunciarla como una buena noticia para todos los seres humanos. Dios quiere salvar toda la humanidad (cf. 1 Tm 2,5). La misión de la *ekklésia* consiste en ese anuncio. Más aún, dicho anuncio constituye la Iglesia que nace de la acogida del Evangelio y de la adhesión libre por la fe de los cristianos. “Huella del Reino de Dios”¹³ en la historia humana, la Iglesia no tiene su fin en sí mismo sino en vista de la realización plenaria de lo que ha sido inaugurado por la revelación de Dios.

La misión de la Iglesia – y consiguientemente de los bautizados – se desenvuelve en clave escatológica¹⁴ ya que se trata de un proceso que sólo se cumplirá “al final” cuando la humanidad se

¹¹ Cf. W. SCHRAGE, «“Ekklesia” und “Synagoge”. Zum Ursprung des urchristlichen Kirchenbegriffs », *Zeitschrift für Theologie und Kirche* 60 (1963), p. 178-202. Le mot *ekklésia* aurait été préféré au terme « synagogue » : celui-ci étant symbole de la Loi. Ce n’est pas les juifs chrétiens de langue araméenne qui, quelques années après la mort de Jésus, furent persécutés, mais justement le cercle d’Etienne. La raison en était cette attitude de critique à l’égard de la Loi et du Temple. La rupture d’avec la Loi, le Temple et la synagogue, a donc été effectuée par les juifs chrétiens de langue grecque, se sentant réellement juifs. Cette rupture eut lieu assez vite après la mort de Jésus. Fort probablement l’emploi primitif du mot *ekklésia* par le mouvement issu de Jésus, pour se désigner soi-même, était la marque indélébile de cette rupture. Luc ne donne jamais le nom d’Israël à l’*ekklésia*. Ce terme appartenait à la sphère politique et en est venu à désigner le propos de Dieu dans le Christ vis-à-vis du monde, c’est-à-dire de toute l’humanité.

¹² “El Padre Eterno [...] estableció convocar a quienes creen en Cristo en la santa Iglesia, que ya fue prefigurada desde el origen del mundo, preparada admirablemente en la historia del pueblo de Israel y en la Antigua Alianza, constituida en los tiempos definitivos, manifestada por la efusión del Espíritu y que se consumará gloriosamente al final de los tiempos. Entonces, como se lee en los Santos Padres, todos los justos desde Adán, ‘desde el justo Abel hasta el último elegido’, serán congregados en una Iglesia universal en la casa del Padre” (LG 2).

¹³ Véase J. MOINGT, *Dieu qui vient à l’homme ***. De l’apparition à la naissance de Dieu, 2. Naissance, Paris, Ed. du Cerf, coll. “Cogitatio fidei” n° 245, 207, pp. 971-973.

¹⁴ Véase *Gaudium et Spes* : “Nacida del amor del Padre Eterno, fundada en el tiempo por Cristo Redentor, reunida en el Espíritu Santo, la Iglesia tiene una finalidad escatológica y de salvación, que sólo en el mundo futuro podrá alcanzar plenamente. Está presente ya aquí en la tierra, formada por hombres, es decir, por miembros de la ciudad terrena que tienen la vocación de formar en la propia historia del género humano la familia de los hijos de Dios, que ha de ir aumentando sin cesar hasta la venida del Señor. Unida ciertamente por razones de los bienes eternos y enriquecida por ellos, esta familia ha sido “constituida y organizada por Cristo como sociedad en este mundo” y está dotada de “los medios adecuados propios de una unión visible y social”.

haya reconciliado *plenamente* – “un cielo nuevo y una tierra nueva” (Ap 21,1) – cuando Dios sea todo en todos (cf. 1 Co 15,28). La Iglesia debe considerarse a partir de su misión, el cumplimiento escatológico de la historia, la reconciliación de la humanidad, es decir, al fin y al cabo, en función de la humanidad nueva. Pensando la Iglesia a partir de su finalidad se revaloriza ante todo el papel de todos los fieles que son en la historia el germen de la humanidad en marcha hacia su reconciliación ofrecida por la gracia de Dios¹⁵.

Se trata pues de edificar la humanidad en cuerpo de Cristo y templo del Espíritu. Tal es el misterio de la Iglesia que, al fin y al cabo, tiene que ver con la salvación de la humanidad y la reconciliación de la historia. Dicho misterio no deja de ser divino o, mejor dicho, *trinitario*, sólo Dios sabiendo por qué camino va realizando su plan de salvación : como nos lo recuerdan los Padres del Vaticano II : “(En consecuencia), debemos creer que el Espíritu Santo ofrece a todos la posibilidad de que, en la forma conocida sólo de Dios conocida, se asocien a este misterio pascual” (*GS 22e in fine*).

La Iglesia, comunidad de fe

El misterio de la Iglesia como *convocatio Dei* es el marco de mi reflexión. Valorando la salvación en su dimensión universal, nos introduce en el papel concreto de la “comunidad cristiana” que existe cuando por lo menos dos o tres están reunidos en el nombre de Jesús (cf. Mt 18,18). De ahí que la comunidad cristiana es, tal como lo decía en su tiempo Henri Bourgeois, “lo que ocurre cuando se pone la fe en común”¹⁶.

Cabría decir la “fe en Jesús” para caracterizarla en modo específico, sin echar de menos la fe *antropológica* como actitud básica del ser humano en su existencia con los demás, con un Ser inmanente o trascendente y, en definitiva, con sí mismo. Dicha fe “antropológica” es como la cuna, el presupuesto del acto de fe crística y con mayor razón trinitaria. Basta mencionarla y tenerla presente a lo largo de mi reflexión porque ya en los evangelios se ve a Jesús que no sólo se alegra de la “fe” de la gente que se acerca a él, sino que se atreve además a decirle : “tu fe te ha salvado”. Su fe pone a esa gente en la perspectiva del Reino de Dios.

Si ya desde esos tiempos de la predicación del Nazareno es esa fe que “salva”, con mayor motivo a lo largo de la historia y en particular hoy en día, la comunidad “cristiana” tiene que alegrarse con su Maestro y Señor de la fe de tanta gente que cruza, frecuenta y encuentra sin hacer sin embargo el paso de la fe crística y trinitaria. Aquí tenemos un criterio imprescindible de la indispensable apertura de la comunidad cristiana a todos. Dicho en otras palabras, sin una mínima apertura a los demás – a *todos* los demás – la comunidad no merece ser llamada “cristiana”. La *ekklésia* es universal, más aún “católica” en el sentido fuerte de la palabra, es decir que lo que anuncia se supone ser “entendido” por todos –

De esta forma, la Iglesia, "entidad social visible y comunidad espiritual", avanza juntamente con toda la humanidad, experimenta la suerte terrena del mundo, y su razón de ser es actuar como fermento y como alma de la sociedad, que debe renovarse en Cristo y transformarse en familia de Dios” (*GS 40b*).

¹⁵ Pensando la Iglesia a partir de su consumación – la humanidad plenamente reconciliada en Dios – se pone de relieve el protagonismo de todos los fieles, la corresponsabilidad de todos en virtud del bautismo en función de la diversidad de carismas y ministerios. Aquí tenemos la clave de una eclesiología de comunión que surge de la vida trinitaria : la gracia del bautismo nos hace, en Cristo y por su Espíritu, hijos del Padre y nos restablece en nuestra condición fraterna. La comunión eclesial como fraternidad proviene de la participación de la gracia divina (lat. *Ecclesia ex trinitate*). Por ser la Iglesia pueblo de Dios, cuerpo de Cristo y templo del Espíritu, da testimonio del Reino y, caminando en la historia para llevarla a su cumplimiento, tiende a la plenitud de la gracia (lat. *Ecclesia in trinitatem*), “cuando Dios será todo en todos” (1 Co 15, 28).

¹⁶ El mismo autor distinguía en el camino de fe del catecumeno y por extension de los que reinician su itinerario de fe – los “recommençants” – tres aspectos de su eclesialización : la experiencia personal compartida con otros fieles, el descubrimiento de la Iglesia como misterio y la integración de su dimensión institucional. Cf. H. BOURGEOIS, *Quel rapport avec l'Église ? Confiance et vigilance*, Paris, DDB, col. “Pascal Thomas – Pratiques chrétiennes” n° 21, 2000, p. 15-16 et 28-34.

cualquiera sea su cultura – como una Buena Nueva, ¡como la buena nueva!, la del amor de Dios, su alianza con la humanidad, la gracia de la reconciliación.

Volviendo a la citación de Henri Bourgeois, la Iglesia es lo que “ocurre cuando se pone la fe en común” porque en la raíz de su “surgir” – en su *ecclesiogénesis* – se trata propiamente de una “comunidad”. En nuestros idiomas tanto latinos como germánicos, la palabra “comunidad” tiene connotaciones de algo compartido, que se tiene en común con otras personas y que a la vez las reúne¹⁷. De ahí la idea de una realidad o de una acción a la cual se toma parte o de la cual se forma parte. Se llega así al concepto de “participación” y a la idea de compartir. La “comunidad” que nos ocupa aquí es una comunidad de *fe*. Es la fe que la constituye, no tanto como *fides quae* – lo que se cree – sino ante todo como *fides qua*, la fe como *confianza*, como experiencia de fiarse a alguien y de abandonarse en sus manos. Me gusta subrayar la palabra “experiencia”¹⁸ que, en su etimología, sugiere un “ir”, un ponerse en marcha desde un punto (primer prefijo *ex-*) hacia otro punto (segundo prefijo *per-*), es decir una travesía, un pasaje.

La fe como experiencia

Desde su origen el “movimiento cristiano” es una dinámica de fe en la cual los seres humanos se fían de Dios y en este mismo “confiar en él” demuestran y fundan su fe. La fe como experiencia tiene en sí misma su carácter fundador, contiene su auto-fundación como subrayó en su tiempo el Papa Benedicto XVI en su primera carta encíclica : “*Hemos creído en el amor de Dios*: así puede expresar el cristiano la opción fundamental de su vida. No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva. En su Evangelio, Juan había expresado este acontecimiento con las siguientes palabras: ‘Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo único, para que todos los que creen en Él tengan vida eterna’ (cf. Jn 3, 16). La fe cristiana, colocando el amor en el centro, ha asumido lo que era el núcleo de la fe de Israel, dándole al mismo tiempo una nueva profundidad y amplitud. (...) Y, puesto que es Dios quien nos ha amado primero (cf. 1 Jn 4, 10), ahora el amor ya no es sólo un ‘mandamiento’, sino la respuesta al don del amor, con el que viene a nuestro encuentro” (*Deus Caritas est*, n°1).

La fe consiste en fiarse de Dios que revela su misterio para acceder a Él, por medio de Cristo, Verbo encarnado, en el Espíritu Santo y hacernos consortes de la naturaleza divina : “En consecuencia, por esta revelación, Dios invisible habla a los hombres como amigos, movido por su gran amor y mora con ellos, para invitarlos a la comunicación consigo y recibirlos en su compañía” (*DV* 2). La fe hace de nosotros “fieles”, es decir creyentes (lat. *fideles*), personas que confían en Dios, transmiten y comparten su fe. El “movimiento cristiano” nos enseña que sólo son “fieles” *cristianos* (lat. *Christifideles*) si se hacen *discípulos*. No hay comunidad (de fe) cristiana, sin experiencia (de fe) cristiana. ¡Cabe decirlo rotundamente! Uno no puede dar lo que no posee. Siendo discípulos vuelven a ser *testigos* no sólo del Evangelio sino del Resucitado, es decir del Cristo Señor en quien confían y con quien, gracias a su

¹⁷ Los substantivos latinos *communio* y *communitas*, así como el adjetivo *communis* y el verbo *communicare* tienen que ver con *munus* (-eris) que significa un cargo y, por consiguiente, un deber que se impone. El prefijo *cum-* sugiere que ese cargo o deber sea asumido con otras personas. Véase L.-M. DEWAILLY, “Communio-communicatio. Brèves notes sur l’histoire d’un sémantème”, *Revue des Sciences philosophiques et théologiques* 54 (1970), p. 43-63.

¹⁸ La experiencia se entiende aquí en un doble sentido de experiencia *personal* – lo que en alemán se expresa con el término *Erlebnis*, es decir un acontecimiento vivido del que se ha sido testigo, experiencia vital – y a la vez compartida, aquí en la Iglesia, y que en alemán se expresa mediante el concepto de *Erfahrung* que tiene connotaciones de experiencia práctica, empírica, que se experimenta. Esta palabra sugiere también el proceso que ella misma implica, una travesía. Mi colega A. Join-Lambert retoma el concepto de *Erfahrung* para designar la experiencia compartida, la que, a la vez, es objeto de una relectura y de un vínculo que se establece con los otros (cf. A. JOIN-LAMBERT y V. FABER, “Expérience de la foi chrétienne et cours de religion”, en A. JOIN-LAMBERT, *Enseignement de la religion et expérience spirituelle*, Bruxelles, Éd. Lumen vitae, col. “Haubans” n° 2, 2007, p. 103-125, aquí p. 116-121).

Espíritu se acercan a Dios y en definitiva toman el camino hacia los demás. Son “discípulos misioneros” como dice Papa Francisco (cf. *EG* 120) teniendo la disposición permanente de llevar el amor de Jesús a la gente con quien tratan “y eso se produce espontáneamente en cualquier lugar” (*EG* 127 *in fine*). Descubren así su común dignidad de hijos de Dios y la gracia de la fraternidad universal.

En una sociedad en la que el Dios de los cristianos ya no es una evidencia cultural, la fe no es ni un estado, ni una adquisición, sino una “experiencia” de conversión a Jesucristo y por tanto una “decisión” siempre renovada a seguirlo con la fuerza de su Espíritu en el camino del Evangelio. Bien lo decía el Papa Benedicto XVI en una entrevista famosa: “nos dirigimos cada vez más hacia un cristianismo de elección”¹⁹.

Vamos progresivamente pasando de una fe heredada sociológicamente a una fe asumida personalmente. Es principalmente la consecuencia de la salida de la cristiandad: la fe ya no se apoya sobre una socialización que procuraba el marco y, a la vez, el terreno de una aculturación tanto doctrinal como ritual. La fe se apoya en la experiencia compartida con los demás, aunque dicha experiencia sea mínima, por lo menos incoativa.

De una experiencia compartida a una fe eclesial

Sociólogos franceses de la religión hablan de “validación” de las creencias, es decir de lo que constituye y procura legitimidad al hecho de “creer”²⁰. En la postmodernidad los individuos “convalidan” – legitiman – su creencia en tres registros distintos : mediante su validación *individual* desde su libre decisión a partir de la experiencia en la cual se encaminan; luego mediante una validación *comunitaria*, es decir la legitimidad que los individuos buscan y obtienen juntándose con otros que viven una experiencia similar valorando asimismo mutuamente la experiencia personal de cada cual; y por fin con la validación *institucional*, es decir la legitimidad que adquiere su creencia a partir de la institución religiosa que la valida dándole consistencia y sentido universal.

La institución religiosa – en este caso la Iglesia y en particular la parroquia – es percibida y apreciada, en adelante, no en su dimensión *instituyente*, como un “dato” – su herencia, el tesoro de su fe, su tradición, etc. – proveedor de sabiduría espiritual, verdades y normas, sino en su dimensión *instituida*, como un espacio donde los individuos pueden compartir su búsqueda de sentido y su itinerario de fe, donde pueden ser escuchados y reconocidos, donde pueden establecer relaciones y redes de solidaridad. Pero no dejan de ser “modernos” dando la prioridad a la experiencia personal compartida con los demás según sus afinidades y al eclecticismo que caracteriza su religiosidad que depende ante todo de lo que buscan y necesitan y no tanto de lo que se les expone y propone ya que no soportan el peso coercitivo de las instituciones. Su preocupación es más bien “¿Cómo vivir?” que “¿Por qué vivir?”.

En tiempos revueltos de cristiandad o de nacionalcatolicismo, la validación institucional era predominante sin excluir por supuesto la legitimidad de la experiencia personal y de su validación comunitaria. Hoy en día el protagonismo lo tiene el individuo en su itinerario personal que no siempre es lineal y en un contexto donde *adherir* no siempre significa *pertenecer* – *believing without belonging*²¹ –, es decir formar parte de una comunidad cristiana, concretamente de una parroquia u otro tipo de agrupación eclesial.

¹⁹ BENEDICTO XVI, Luz del mundo. El Papa, la Iglesia y los Signos de los tiempos. Una conversación con *Peter Seewald*, Herder, 2011, “Il n’empêche que néanmois beaucoup de nos concitoyens se réfèrent encore à la foi chrétienne comme par défaut, sans pour autant participer à la vie ecclésiale locale. Je distingue volontiers l’appartenance par référence et l’appartenance par participation dans un contexte où croire c’est peut-être encore adhérer mais ne signifie plus appartenir ».

²⁰ Acerca de esta triple validación vease D. HERVIEU-LÉGER, *Le pèlerin et le converti. La religion en mouvement*, Paris, Flammarion, 1999, p. 184-187.

²¹ Es la expresión de Grace Davie sobre la religión de los británicos: supone la constatación de que perdura un grado relativamente elevado de creencia a la vista de una baja pertenencia eclesial. Cf. G. DAVIE, *Religion in Britain since 1945*, Oxford, Blackwell, 1994.

La gente se remite a la Iglesia porque la necesita, en definitiva como validación institucional de lo que va buscando y necesitando. Podría no dirigirse a ella. Si en cambio lo hace, es porque lo quiere buscando en ella recursos indispensables a su vida espiritual. En el contexto religioso que hemos recordado al principio de esta ponencia, me gusta subrayar la variedad posible no sólo de participación a la vida eclesial sino también de referencia a la Iglesia que siempre ha tenido conciencia de ser un *corpus permixtum* reuniendo fieles con motivaciones diferentes, más o menos animadas por la fe, en modos variables según las épocas de la vida.

Concretamente la parroquia se halla confrontada a una diversidad de pertenencias que van desde la simple referencia al hecho cristiano hasta la participación efectiva en la vida eclesial. No es reductible únicamente a los practicantes, a los feligreses comprometidos, a los fieles que buscan lugares donde relacionarse y compartir su fe, escuchar la Palabra de Dios y animarse mutuamente para testimoniar del Evangelio, etc. Cuando me refiero a la comunidad cristiana, me refiero pues a un *corpus permixtum*. Y la parroquia se compone de una variedad de expectativas, de exigencias, de necesidades, de interrogantes, etc.

Ahora bien, teniendo en cuenta lo anterior ¿cómo iniciar a la vida cristiana? A priori se supone que en los movimientos eclesiales los fieles adhieren con una evidente motivación de fe, ya que su compromiso en tales movimientos resulta de una experiencia personal y de su búsqueda de un apoyo comunitario en su camino de fe. En cambio en las instituciones temporales de la Iglesia como las escuelas no siempre será la fe que determine la voluntad de formar parte de ellas sino razones como el valor o la calidad del servicio, la seriedad de su personal, su aportación cultural o educacional, etc.

Aunque nos encaminemos hacia un cristianismo de elección hay que tener en cuenta la “Iglesia real” con la gente tal como es, con su fe por lo menos antropológica y no siempre teológica, con sus motivaciones tan materiales e interesadas y no siempre espiritualmente sublimes. La parroquia es sin duda alguna el lugar donde nos enfrentamos con la “Iglesia real” donde la gente viene como a una estación de servicio porque necesita amparo, consuelo y seguridad ya que, hoy más que nunca, resulta difícil y precario “validar” o “legitimar” su propia búsqueda de sentido o su experiencia espiritual en una sociedad caracterizada por su incertidumbre estructural bajo la presión del imperativo del cambio.

La parroquia como comunidad dialogal, fraternal y participativa

Si tomamos en serio la experiencia de fe de la gente “tal como es” – es decir con lo que ha experimentado del amor salvífico de Dios – ocurre ofrecerle un espacio donde compartir algo de su trayectoria personal, a pesar de que no siempre tengan un sentido fuerte de su pertenencia y se preocupen sin embargo de su *wellness* espiritual. Ese espacio irá abriendo la posibilidad de un encuentro en el cual no se trata ante todo de enseñar una línea doctrinal o indicar una vía moral, sino de enfrentarse unos a otros desde su propia experiencia sin prejuicios para que se logre un diálogo²². Bien lo dice Papa Francisco ese enfrentarse es exigente, es un *riesgo*: “El Evangelio nos invita siempre a correr el riesgo del encuentro con el rostro del otro, con su presencia física que interpela, con su dolor y sus reclamos, con su alegría que contagia en un constante cuerpo a cuerpo” (EG 88).

Como esa tarde por el camino de Emaús, el encuentro sólo será posible si hay un mínimo de acogida que supone la capacidad del corazón que hace posible la proximidad (cf. EG 171). Esta acogida cordial permita a cada cual ser sí mismo, expresarse, compartir lo que desea comunicar. Sin prisa, sobre todo sin presión y más aún con mucha autenticidad, ya que la verdadera escucha que favorece la acogida no tiene que ser sólo estratégica o táctica para acomodarse a situaciones difíciles o complejas. Como lo recuerda de manera muy acertada Flavio Pajer, “la fe exige el diálogo de persona a persona, y

²² Sobre este tema del diálogo “en camino”, *unterwegs*, me permito remitir a mi estudio con referencia al análisis de la filósofa Chantal Delsol: A. BORRAS, “À l’âge du renoncement’, comment la paroisse peut-elle faire émerger l’Église?”, *Recherches de Science religieuse* 100/4 (2012), p. 521-538.

el primer objeto del dialogo no es la verdad revelada en sí misma, sino lo que Dios ha realizado en la vida de los que, cara a cara, entran en diálogo”²³.

Un auténtico diálogo supone un respeto infinito de la libertad. Nuestros contemporáneos son celosos de su libertad ya que lo que cuenta ante todo es lo que experimentan – validan y legitiman – *personalmente*. Si descubren un real espacio de libertad donde se puede *instituir* un diálogo, no cabe duda de que no rehusarán en compartir sus aspiraciones, deseos e ilusiones así como sus pruebas y fracasos, a través de itinerarios biográficos complejos, a veces caóticos, cuando no heridos desde el punto de vista afectivo. En ese clima de libertad descubren que la Palabra de Dios no es una comunicación unilateral sino una interpelación a base de escucha y respuesta, una llamada a abrirse a Dios, a los demás, a cambiar eventualmente de rumbo y a convertirse²⁴.

Como esa tarde hacia Emaús, el Verbo encarnado ofrece una esperanza que ilumina y orienta la existencia. El diálogo de los compañeros de Emaús vuelve a ser la gracia de un encuentro con Cristo, discretamente presente a su suerte y destino. En esta perspectiva, la comunidad eclesial resulta ser a la vez destinataria de la Palabra de Dios (para su conversión), colaboradora de su anuncio (por su disposición de escucha y de diálogo) e intermediaria en su difusión (por su necesaria contribución al anuncio). La comunidad sólo puede comunicar lo que ha recibido, el tesoro de la fe como Buena Nueva capaz de humanizar nuestra historia y de divinizar nuestra condición humana.

Así se abre un camino de fraternidad y no sólo de simpatía, amistad o afecto – sentimientos tan necesarios para vincularse y relacionarse humana y espiritualmente. La fraternidad se evidenciará cuando, poco a poco, se tome conciencia de que el encuentro y, con mayor razón, el diálogo son iluminados por la convicción compartida de ser “hermanos y hermanas” por ser “hijos e hijas” del Padre gracias a Cristo que, mediante el Espíritu Santo, restablece nuestra humanidad en su dignidad filial y fraternal. Esa es la fuente de la verdadera alegría que no dejará de vitalizar la comunidad cristiana, la parroquia y sus feligreses si se encaminan en esa dirección de un compromiso por los demás (cf. *EG* 7; una pastoral “misionera” n° 15).

La parroquia tiene la ventaja de ser “para todos”: la comunidad está intrínsecamente abierta a quien quiera que venga a ella. La imprescindible apertura de la parroquia está en la base de su regeneración: acogiendo en la escucha y el diálogo a cada cual, ofreciendo a cualquiera un espacio de encuentro “fraterno” y escuchando – o animándose a escuchar – la Palabra de Dios, es decir Dios que nos habla por Cristo y mediante su Espíritu. De tal manera no sólo engendra a la *sequela Christi* con los demás discípulos – cristianos en camino – sino que se regenera experimentándose como “convocatoria”, como convocación a la fraternidad, signo y a la vez micro-realización en la fraternidad prometida a la humanidad.

El compartir lo poco que sabemos y vivimos de la presencia de Dios en nuestras existencias y en la historia supone que, además de la intención de dialogar y de la voluntad de fraternizar, se haga el difícil aprendizaje de la diversidad inherente a la parroquia o, mejor dicho, de la catolicidad eclesial. La parroquia se presenta como un banco de pruebas de la fraternidad eclesial entendida como conjunto *diversificado* de hermanos y hermanas. La comunidad parroquial representa un abanico de vocaciones

²³ F. PAJER, “Una catequesis en la que la comunidad cristiana en su conjunto es a la vez catequizante y catequizada”, en H. DERROITTE (dir.), *Nuevos caminos para la catequesis hoy*, Santander, Sal Terrae, col. “Recursos catequéticos”, 2008, p. 40.

²⁴ En su encíclica *Ecclesiam suam* en 1963, Pablo VI enunciaba cuatro condiciones para el diálogo: la claridad, la dulzura, la confianza y la prudencia pedagógica con el compromiso de un mutuo replanteamiento (cf. n° 83). Tratándose del diálogo interreligioso, además de la necesaria coherencia de los interlocutores con sus propias tradiciones y convicciones, Juan Pablo II ponía de relieve la indispensable apertura en la verdad, la humildad y la lealtad, el testimonio recíproco sin capitulación ni irenismo, pero con la voluntad del progreso de todos y de pasar por encima de los prejuicios, de la intolerancia y de los malentendidos. Esta es la manera en que el diálogo tiende hacia la conversión interior (encíclica *Redemptoris missio* de 1990, n° 56b *in fine*). Estas consideraciones se aplican *mutatis mutandis* al diálogo en el seno y a partir de nuestras comunidades.

personales, de itinerarios espirituales, de sensibilidades eclesiales, de afinidades culturales, de opciones políticas, etc.

No es de extrañar porque la parroquia es “para todos”. Tiene vocación de ser un espacio en el cual son llamados a reconocerse hombres y mujeres que se vinculan a la Iglesia por lazos muy diversos y con motivaciones diferentes: abarca a los feligreses “nucleares” muy comprometidos y a los “periféricos” al margen de la asamblea como de la vida parroquial, pasando por los feligreses “ordinarios”, practicantes regulares, sin olvidar a los cristianos “críticos” que han tomado distancia respecto de la institución, y los “itinerantes”, que van y vienen, mariposean aquí y allá en un permanente mercadeo espiritual. En el seno de esta constelación de feligreses la parroquia propicia un compañerismo entre toda esa gente mediante una acogida a cada uno en su diferencia ofreciéndole hacer un trecho del camino del Evangelio, desde lo (poco) que ha experimentado.

La catolicidad inherente a la parroquia merece no sólo ser reconocida y promovida al nivel interpersonal, sino también valorizada y concretizada mediante traducciones institucionales, so pena de quedarse en puras ilusiones o piadosos deseos sin efectos estructurales en la vida de la parroquia. Pienso en particular en el Consejo pastoral (c. 536)²⁵. Esta instancia está al servicio de la sinodalidad de la comunidad parroquial: se presenta en algún modo como la “parroquia en miniatura”. Como órgano de concertación su papel es el de propiciar la misión de la parroquia *en este lugar*²⁶. El Consejo pastoral anima a la práctica de la corresponsabilidad bautismal mediante el concurso de todos según sus carismas y servicios²⁷.

Me gusta citar a este propósito a los Padres conciliares del Concilio Vaticano II en la introducción del capítulo sobre los laicos cuando hablan de la actitud de los pastores para con los laicos – actitud que concierne todos los fieles – respecto a su compromiso en la vida de la Iglesia y de su misión: “Los sagrados Pastores conocen perfectamente cuánto contribuyen los laicos al bien de la Iglesia entera. Saben los Pastores que no han sido instituidos por Cristo para asumir por sí solos toda la misión salvífica de la Iglesia en el mundo, sino que su eminente función consiste en apacentar a los fieles y reconocer sus servicios y carismas de tal suerte que todos, a su modo, cooperen unánimemente en la obra común (lat. *ut cuncti suo modo ad commune opus unanimiter cooperentur*)” (LG 30).

A medida que la parroquia se orienta en esa dirección “unánimemente” (lat. *unanimiter*), en una dinámica participativa – con todos, por cierto siempre en el respeto de la libertad de cada cual – se logrará una toma de conciencia más amplia y profunda de su misión, es decir de su compromiso evangélico en su entorno social. Tal es la “obra común” (lat. *opus commune*) de la parroquia y de sus miembros en su diversidad. En esa obra la parroquia catequiza y se catequiza.

Una parroquia catequizante y catequizada

El énfasis sobre la cooperación en una obra común subraya el protagonismo de la parroquia “en su conjunto”. Eclesiológicamente significa la primacía de la *ecclesia*, de la comunidad sobre los bautizados. Dicha primacía resulta del misterio mismo de la Iglesia como *convocatio Dei* cuyo deseo es de reunir la humanidad, el pueblo de Dios siendo sacramento de salvación – eso es de reconciliación.

Ahora bien, dando prioridad a la parroquia en cuanto comunidad, veamos como ilustrar su papel catequizante. Como señala Flavio Pajer, no basta *ser* comunidad; es indispensable *hacer*

²⁵ Cf. A. BORRAS, “Petite apologie du Conseil pastoral de paroisse”, *NRT* 114 (1992), p. 371-390, 558-576.

²⁶ Como bien lo recuerda Papa Francisco, “el objetivo de estos procesos participativos no será principalmente la organización eclesial, sino el sueño misionero de llegar a todos” (*EG* 31 *in fine*).

²⁷ No reemplaza a la instancia directiva, que es el párroco (eventualmente con su equipo pastoral). Hoy en día, el peligro es tal vez, bajo los efectos de una cierta eficacia organizativa, no creer suficientemente en la utilidad de los Consejos pastorales y contentarse con sustituirlos por un equipo de animación. Pero es confundir dirección y concertación; es dar prioridad a la ministerialidad de unos en detrimento de la corresponsabilidad de todos. Remito a A. BORRAS, “Équipes, conseils et ministère presbytéral dans la nouvelle donne paroissiale : vers une meilleure lisibilité institutionnelle ?”, *Prêtres diocésains* n° 1403 (mars-avril 2003), p. 157-184.

comunidad²⁸. Se trata en efecto de un proceso, el de volver sin cesar a ser comunidad eclesial. Pentecostés no es un hecho pasado, sino el régimen mismo de la Iglesia mediante la acción perenne y fiel del Espíritu santo.

La comunidad eclesial – en este caso la parroquia – catequiza desde su triple función de anuncio, celebración y servicio, tres facetas de la misión *integral* de la Iglesia intrínsecamente relacionadas entre ellas ¡que hay que distinguir y no separar!²⁹ Sobre esa base podemos distinguir tres aspectos del protagonismo catequizante de la parroquia. En el registro del anuncio, la parroquia actúa por su actividad catequética *lato sensu*, especialmente por el primer anuncio – “principal” que siempre hay que volver a anunciar (cf. EG 164) –, y por su ministerio diversificado de la Palabra de Dios (homilía, parénesis a los enfermos, medios de comunicación, preparación comunitaria a sus sacramentos, etc.). Ese ministerio tiende a la profundización del primer anuncio que siempre hay que volver a escuchar (cf. EG 164 *in fine*).

Así se abre un camino de crecimiento en la fe que no se reduce a una formación doctrinal (cf. EG 161), siendo la fe una respuesta al don de Dios es la praxis cristiana del amor a Dios y al prójimo que propicia una transformación en Cristo por una progresiva vida “según el Espíritu” (Rm 8,5; cf. EG 161). Catequizando la parroquia se catequiza porque hay un *return* de la resonancia de la Palabra de Dios que potencia la sacramentalidad misma de la comunidad.

La comunicación del Evangelio es también implícita cuando la Buena Nueva es palabra de consuelo, de ánimo, de liberación, de esperanza, etc. sin pretender provocar la adhesión de los destinatarios a la comunidad eclesial. Institucionalmente la parroquia no deja de ser “mensaje” de lo que anuncia. Gracias a su calidad evangélica irradia la Buena Nueva. Por ejemplo la presencia de la parroquia en un comité de barrio o un movimiento social de solidaridad con emigrantes es de por sí un mensaje humanizador para todos, y no sólo para los creyentes. La parroquia “habla” en cuanto institución y no sólo por la acción individual de sus feligreses.

En el registro de la celebración, la liturgia es por excelencia actuación del pueblo en cuanto asamblea: en la eucaristía, por ejemplo, la parroquia emerge como cuerpo eclesial de Cristo mediante la participación de los bautizados que comulgan a su cuerpo eucarístico. La parroquia en su conjunto catequiza mediante la celebración de los sacramentos. Su celebración ofrece la apropiación personal y comunitaria del don del amor de Dios haciendo de la parroquia el pueblo de Dios *en este lugar*.

De ahí la necesidad de propiciar una verdadera participación comunitaria – más allá del uso devocional de la liturgia – aunque asistamos hoy día a una relativa privatización por ejemplo del bautismo, de la primera comunión, del matrimonio y de exequias así como a su recuperación social en cuanto ritos de paso. A los padres que presentan a su hijo para el bautismo y la primera comunión así como a los jóvenes que piden la confirmación, la parroquia catequiza cuando les ofrece propuestas concretas que permitan a todos – adultos, jóvenes y niños – una iniciación no a recibir los sacramentos, sino a ser iniciados a la fe cristiana y a la vida eclesial³⁰.

En el registro del servicio, dimensión tan esencial y fundamental como el anuncio y la liturgia, la parroquia se presenta en cuanto tal como “diaconal”, al servicio de sus contemporáneos. Basta evocar sin más la variedad de iniciativas y proyectos en el campo de *Caritas*. Pero no hay que olvidar la actitud fundamental, básica apertura o acogida que debe reflejarse en la vida parroquial, sus estructuras y su

²⁸ F. PAJER, “Una catequesis en la que la comunidad cristiana en su conjunto es a la vez catequizante y catequizada”, p. 37.

²⁹ Esta trilogía es una versión corriente hoy día de la triple función profética, sacerdotal y real de Cristo y de su cuerpo eclesial (lat. *tria munera Christi ac Ecclesiae*). Cf. A. BORRAS, “Considérations canoniques sur le ‘partage’ de la charge pastorale”, NRT 134 (2012), p. 424-440.

³⁰ LES ÉVÊQUES DE BELGIQUE, *Les sacrements de l’initiation chrétienne pour les enfants et les jeunes d’aujourd’hui. Orientations pour un renouveau missionnaire*, Bruselas, Licap, 2013, p. 43.

clima³¹. El modo de atender a la gente o el tipo de presencia en un barrio o un pueblo son factores, más aún índices de la diaconía parroquial. Lo decisivo no deja de ser un *efectivo* amor fraterno que implica el compromiso por los demás (EG 178, cf. n° 179) en la búsqueda del bien común y de un orden social justo (cf. EG 179-184) mediante la inclusión de los pobres (n° 186-216), de tal modo que “los pobres, en cada comunidad cristiana, se sientan como en su casa”³².

Aquí tenemos el desafío mayor de poner en contacto a las personas con la vida concreta de la parroquia. ¿Cómo incrementar la capacidad de acompañamiento de nuestras parroquias a veces demasiado preocupadas, cuando no obsesionadas por su supervivencia?

La parroquia catequiza siendo comunidad dialogal, fraternal y participativa tal como lo he recordado y brevemente comentado en su triple función de anuncio, celebración y servicio. En dicha perspectiva, la parroquia se catequiza siendo en su conjunto y en sus miembros según su diversidad la primera destinataria de la Palabra de Dios que anuncia, celebra y da testimonio en su entorno social. Dejando resonar la Palabra de Dios como Buena Nueva, la parroquia se hace comunidad y no se reduce a una estación de servicio; evita así mismo funcionar según una lógica de taquilla.

“La Iglesia, recuerda Papa Francisco, no evangeliza si no se deja continuamente evangelizar” (EG 174). La parroquia “activa” en efecto su eclesialidad siendo el espacio de una comunicación del Evangelio. Sólo podrá cumplir su papel contando con la capacidad de los fieles de compartir con los demás su propia experiencia de fe. Se supone en tal caso un “núcleo confesante” en la parroquia cuya irradiación entusiasme e incite a los demás a tomar en serio el Evangelio³³. Cada uno puede a la vez enseñar y aprender a los demás precisamente porque, desde la originalidad biográfica de su búsqueda, son distintos de él. Los creyentes pueden y deben aprender de los mal-creyentes si se reconocen *en camino*³⁴.

Así se verificará que la evangelización concierne ante todo a sus primeros destinatarios que son los fieles que escuchan la Palabra de Dios y la ponen en práctica (cf. Mt 7,21-27). Concretamente bien sabemos que muy a menudo se trata de compartir una experiencia de fe con gente que, a pesar del bautismo, o piensa saber de qué se trata, o se contenta de una religión por convención o costumbre en vista de una ritualización de las etapas de la vida. Y en ese compartir su experiencia se espera que todos salgan enriquecidos si de antemano aceptan recibir de los demás. El engendramiento a la fe es mutuo porque nadie ha acabado de descubrir a Cristo, de encontrarlo personalmente, de vivir de su Espíritu y de empeñarse por los demás en una entrega total de su vida. Sólo desde esa experiencia propia de transformación personal y comunitaria y de compromiso por Cristo y por los demás, los feligreses – cualesquiera que sean – podrán pretender ser mensajeros del Evangelio.

¡Sólo serán *testigos*, si son *fieles* en el sentido propio de confiar en Dios! Y correlativamente siendo testigos de la fecundidad de la Palabra de Dios seguirán siendo fieles. Con el abanico de modos de referirse a la comunidad eclesial y de formar parte de ella, lo que importa es que todos y cada cual se pongan *en camino* dejando resonar la Palabra de Dios como una Buena Nueva capaz de transformar su

³¹ Cf. EG 63 : “(...) si parte de nuestro pueblo bautizado no experimenta su pertenencia a la Iglesia, se debe también a la existencia de unas estructuras y a un clima poco acogedores en algunas de nuestras parroquias y comunidades (...)”.

³² JUAN PABLO II, *Carta apostólica* Novo Millennio ineunte, del 6 de enero 2001, n° 50, citado por EG 199.

³³ La expresión “núcleo confesante” es muy peligrosa pues insinúa que el “núcleo” es identificable, lo que sería profundamente lamentable, instaurando así una barrera entre los “creyentes” y los “otros”, réplica de esta otra barrera entre los “judeo-cristianos” y los “pagano-cristianos” en las primeras generaciones de la Iglesia. La parroquia es confesante porque tiene un objetivo confesante, ¡es lo que los fieles, los pastores y otros ministros se proponen vivir explícita, enérgica y audazmente! Tal núcleo podría tener un efecto contagioso sobre la parroquia y los demás feligreses.

³⁴ F. PAJER, “Una catequesis en la que la comunidad cristiana en su conjunto es a la vez catequizante y catequizada”, p. 38-39.

existencia y de orientar la vida humana en el sentido del Reino de Dios, dejando surgir “un cielo nuevo y una tierra nueva” (Ap 21,1).

No bastará la intención de los pastores y de los fieles para dar vida a dicho núcleo en base de escucha de la Palabra de Dios, de oración y revisión de vida, de celebración litúrgica y vida sacramental, de atención a los pobres y de diaconía, etc. Se trata de proveer a lo necesario para cultivar una dinámica de conversión que dé forma a una verdadera comunión eclesial y a un impulso misionero. Por eso importa formalizar y concretar un “programa catequético” para la parroquia en el que desde el principio se subraye que toda la comunidad – en su conjunto – y por consiguiente todos sus miembros – en su diversidad de itinerarios de fe – se ponen *en camino*, en un vaivén entre la Palabra de Dios y su existencia.

*

* *

En esa perspectiva conviene que la catequesis se desenvuelva en clave antropológica ya que a priori toma en serio no solo la fe crística o trinitaria, sino lo que he llamado la fe antropológica y, en ella, el interés hacia el Evangelio, en su comunicación explícita. Más inductiva y dialogante, la catequesis partirá de la experiencia humana, la iluminará y la interpretará por el don de la fe – a base de *Erlebnis*, como acontecimiento que te cambia la vida, pero siempre como *Erfahrung* compartida con los demás en la Iglesia. Se trata de invertir el vapor: en una sociedad de cristiandad se confesa a Dios Padre de Nuestro Señor Jesucristo cuyo Espíritu es dador de vida y lleva así pues nuestra existencia a su cumplimiento, a su “amén”; en cambio, hoy se parte de la existencia para discernir la acción del Espíritu de Jesús que nos orienta hacia el Padre³⁵

La existencia cristiana consiste en un discernimiento con los demás en vista de un “volver a ser cristiano” a lo largo de un camino de fe que acaba por ser trinitaria. Un caminar sin cesar hacia el Padre como discípulo de Cristo animados por su Espíritu. Esta catequesis merece el nombre “catequesis de encaminamiento”. Se despliega con otros igualmente *en camino*, – en modo descompartimentado (fr. *décloisonnée*)³⁶ –, en la que todos son a la vez catequizados y catequizantes, y se educan mutuamente para *tomar parte* en el Evangelio – la Buena Nueva del amor de Dios revelada en Jesucristo y comunicada por su Espíritu– y a *participar de ella*, es decir, a dar testimonio de ella.

Esto supone que los pastores, catequistas y demás ministros estén convencidos que la catequesis es ante todo de adultos y no “únicamente” para los niños, orientada hacia el cambio, la transformación y la conversión de sí mismo ¡y no de los demás! A ese efecto necesita ser integral porque abarca a todo el ser humano e implica su compromiso ético por los demás. La parroquia se ve provocada a un cambio de rumbo y los feligreses, incluso los catequistas, a un cambio radical que resultará primariamente no de decisiones y argumentos – que son imprescindibles para orientar y fundamentar el cambio – sino de aprendizajes, ciertamente con sus logros y fracasos, y sobre todo con la voluntad de aprender de ellos.

En una sociedad secularizada que ha salido de la cristiandad y a fortiori del nacional-catolicismo, la catequesis será estructuralmente del orden del primer anuncio para ir poco a poco evolucionando hacia una catequesis propiamente dicha que será esencialmente de tipo iniciático. Su dimensión misionera es imprescindible. No puede ser otra cosa que una iniciación a asociarse al misterio pascual. Sólo así contribuirá a dar forma a la Iglesia como *convocatio Dei* que lleva la historia a su cumplimiento. ¿Hubiéramos olvidado que se trata de “reunir a los hijos e hijas de Dios dispersos” (Jn 11,52)? La parroquia no tiene más remedio que pasar de una pastoral de mera conservación a una pastoral decididamente misionera (cf. EG 15). Para que no sea la voluntad de los pastores necesita de una dinámica sinodal que propicie la voluntad de los fieles (cf. c. 536). Hoy más que nunca, ¡no hay parroquia ni catequesis sin la cooperación de todos en la obra común (cf. LG 30)!

³⁵ Cf. E. BIEMMI, “Catechesi e iniziazione cristiana. Una sfida complessa”, p. 61.

³⁶ La palabra “décloisonnée” se ha hecho común en la reflexión catequética francófona. Literalmente significa “sacar las paredes que separan”, de esta manera se refiere a una catequesis liberada en muchos momentos de todos aquellos elementos que compartimentan y separan (edades, procesos, etapas, etc.).

